

# EL MOTÍN

Año XXXVII

Madrid, Jueves 22 de Marzo de 1917.

Número 12.

## LA REVOLUCIÓN

Ha estallado en Rusia, y con tal fuerza que en cuatro días, unidos el Pueblo y el Ejército, han obligado á que el Zar abdique en favor de su hermano el gran duque Miguel.

¿Causas? A las que siempre hubo en aquel país tiranizado, la de que la camarilla palaciega, ayudados por la zarina, que es alemana, se había impuesto al zar, y trataba de que se pactase una paz separada.

Los individuos que componían el Gobierno fueron presos y se nombró otro provisional con individuos prestigiosos de la Duma, la que se trataba de disolver.

Para juzgar de la trascendencia de la revolución rusa, basta leer este Manifiesto que el nuevo Gobierno ha dado, exponiendo los principios en que inspirará su acción:

Primero. Amnistía inmediata y general para todos los delitos políticos y religiosos, incluso los de terrorismo, revoluciones militares y crímenes corrientes.

Segundo. Libertad de palabra en la Prensa y de las Sociedades y uniones de huelgas, con extensión de estas libertades á los funcionarios militares, en el límite compatible con sus condiciones militares y técnicas.

Tercero. Abolición de todas las restricciones sociales, religiosas y nacionales.

Cuarto. Proceder inmediatamente á los preparativos para convocar una Asamblea Constituyente que, basándose en el sufragio universal, establezca un régimen gubernamental constitucional.

Quinto. Sustitución de la Policía por una milicia nacional, con jefes elegibles, sometidos á los órganos del Gobierno.

Sexto. Elecciones municipales, por sufragio universal.

Séptimo. Las tropas que tomaron parte en el movimiento no serán desarmadas y estarán en Petrogrado.

Octavo. Mantenimiento de la disciplina militar más severa.

Todas las concesiones hechas en lo que respecta al derecho social para los ciudadanos serán otorgadas á los soldados.

Las poblaciones importantes se adhirió inmediatamente al movimiento, lo mismo que los militares.

Si por lo monstruosa no tiene precedentes la guerra europea, por lo rápido, hondo y transcendental, no lo tiene tampoco esa revolución.

Gloria eterna para sus iniciadores y ejecutores, y preparémonos para admirar, aplaudir y envidiar los grandes hechos que va á realizar esa nación una vez unidos en una aspiración común el Pueblo y el Ejército.

## COMPAREMOS

Para que los desmemoriados del partido recuerden lo que hemos adelantado en los siete años últimos, sirvanse leer este artículo que publiqué en EL MOTÍN el 16 de Diciembre de 1909:

### «EL TRIUNFO

Ha sido grande, porque hemos luchado contra todo lo que aquí se creía invencible: Iglesia, clases conservadoras, carlismo...

Influencia, dinero, todo lo tenían. Y en cada convento un fuerte, y en cada iglesia un club, y en cada beato un propagandista, y en cada beata una serpiente tentadora. Y los obispos dictaban circulares recomendando candidatos; y los esbirros de la pluma escribían hojas difamatorias... ¿Qué más? Hasta los frailes facilitaban recursos pecuniarios. ¡El colmo de lo inconcebible! ¿Si tendrían interés en triunfar?

Y, sin embargo, han sido derrotados por completo en las poblaciones más ilustradas, que son las que verdaderamente representan el espíritu nacional... Y en muchísimas otras no han podido impedir que la democracia y la libertad estén dignamente representada en los municipios.

Pero lo que ha sido verdaderamente vergonzoso para ellos, es lo de Madrid... ¡Ni un sólo candidato han sacado á flotel! ¡Hermoso, brutalmente hermoso!

Aunque lo más importante de estas elecciones, no es haber sacado mayor ó menor número de candidatos triunfantes, no: lo más importante es que el pueblo ha podido comprobar lo inmenso de su fuerza, y la utilizará siempre que se presente ocasión.

Y esto aumentará su esperanza, duplicará sus bríos y le permitirá exclamar, no con la vana jactancia del liliputiense puesto en zancos, sino con la varonil confianza del gigante poderoso:

¡Yo, soy yo!

### SIGNIFICACIÓN DE LA FUERZA

La derrota de las derechas en las pasadas elecciones ha sido la redención moral de España. De haber triunfado, hubiéramos merecido que Europa nos bariiese.

Esa derrota, sobre todo en Madrid, significa esto que dice elocuentemente *El País*:

«¿Qué ha triunfado en Madrid? La libertad, la democracia; los que pusieron la turbina en la charca, que dijo un chararero insustancial.

¿Quiénes han sido vencidos con humillación, con vilipendio, con escarnio, hasta con ridiculización? Todas esas fuerzas que á sí mismas se llaman honradas, conservadoras, sustentáculo del altar, del trono, de la propiedad.

Han quedado ayer vencidos, corridos,

como monas, manteados como Sanchos, burlados como maridillos necios, los carlistas, los clericales, los jesuitas, los barbilindos de la Defensa Social, los agustinos, las señoronas que suscribieron en el palacio de Portugalete aquellas protestas contra la ley-Dávila; el A B C con sus telegramas mundiales y sus protestas patrioterías, los explotadores de los hechos vandálicos de Barcelona, por ellos provocados; los exhibidores del «bu» de la anarquía, los que llamaron «apaches» y farsantes á la intelectualidad europea, la buena prensa, la plutocracia de Comillas, la comunidad exgobernante; Cierva, el bufón, y Maura; sobre todo Maura, el necio, el vano, el imprudente retador del discurso del Senado.

¿No contaba con la opinión? ¿Pues dónde se oculta esa opinión conservadora? Y ahora no vale decir que la clase neutra no vota, pues con el ronzal de la ley la ha llevado el mismo Maura á los comicios.

Sí, sí; todo eso significa nuestro triunfo. Y esto además: el magullamiento de cuantos reptiles bullían en el charco infecto del clericalismo; reptiles que debemos aplastar del todo en las próximas elecciones de diputados á Cortes, para que comience la verdadera regeneración del pueblo español. Hay que acabar de una vez con esos que aspiran á convertir á España en una sacristía inmensa, donde el más hipócrita resulte más virtuoso, el más charlatán el más sabio, el más provocador el más valiente, y el más ladrón el más honrado... Venciéndolos en la batalla próxima, no volverán á levantar cabeza los falsificadores de la moralidad, los timadores de la libertad, los profanadores de la honra nacional.

Y los venceremos, sin duda alguna: la victoria llama á la victoria. Creámos firmemente que la obtendremos, y el éxito coronará nuestro esfuerzo.

¡Llor entretanto á quienes han luchado valerosamente en estas elecciones para resucitar los bríos amortiguados del Pueblo español, y decirle:

¡Levántate y anda!

Así escribíamos hace siete años, pletóricos de fe y de esperanza.

Hoy, anémicos de esas dos virtudes, escribimos:

«Diputado provincial más, diputado provincial menos, este fué el resultado de las últimas elecciones en toda España:

300 liberales.

150 conservadores.

27 mauristas.

17 republicanos.»

Es decir, hay que volver la oración por pasiva.

Y poner el adjetivo contrario á cada uno de los que se contienen en ese artículo,

y una negación por cada afirmación,  
y una humillación por cada jactancia,  
y un desengaño por cada esperanza,  
y una palabra pesimista en sustitución de cada una optimista,  
y un augurio fúnebre por cada vaticinio favorable,

Y haciendo todo eso, quedará convertido el artículo en la expresión fiel de la verdad.

Y tendremos derecho á decir con aquel sargento andaluz, instructor de quintos:

«Media vuelta á la izquierda, es lo mismo que media vuelta á la derecha, sólo que es too lo contrario.»

Y hasta podremos tararear cada republicano á solas aquello que con tanta gracia cantaba Carreras en la zarzuela *Las doce y media y sereno*:

¡Qué diferencia  
de ayer á hoy!

¡Lo que yo he sido  
y lo que soy!

Y después, derramar una lagrimita y exclamar entre dos suspiros:

En el republicanismo

«Cualquier tiempo pasado  
fué mejor.»

## La guerra civil

—Aparte de que tenga la culpa quien la tenga, yo creo, D. Francisco, que esta guerra es una lucha de ideas.

—Es cierto, D. Germán. Es la continua lucha de los cesaristas y los liberales; es el pleito de nuestras guerras civiles planteado en todo Europa. En España los liberales, que eran los dueños del mar, triunfaron á pesar de su desorganización (sobre todo al principio de la última guerra civil), y lo mismo sucederá ahora. Aunque los aliados tuvieran la culpa de la guerra, que no la tienen, yo sería aliadísimo, como sería liberal aunque fueran los liberales los que en España empezaran la guerra para resolver la cuestión clerical.

—En España la inmensa mayoría es germanófila, partidaria de la paz, de la neutralidad.

—Perdone usted, D. Germán. En España unos son neutrales y otros intervencionistas; la inmensa mayoría es neutral, y como los germanófilos también lo son, se hacen la ilusión de que la inmensa mayoría de los españoles son germanófilos, pero no es así. Además, si la situación geográfica de España respecto á los imperios centrales fuera la que tiene respecto á los aliados, y viceversa, dudo mucho que los germanófilos fueran partidarios de la neutralidad; de modo que ellos son neutrales, porque no pueden ser otra cosa. No son partidarios de la paz quienes amenazan con la guerra civil.

—Es una amenaza para evitar males mayores.

—No es para eso, sino para imponerse por el terror, como hacen los alemanes. Una intervención como la del Japón, que no ha enviado un sólo soldado á Europa, no sería un mal mayor que la guerra

civil, y nos evitaría conflictos de neutralidad. Una guerra civil dañaría á nuestro comercio y á nuestra industria mucho más que la mera intervención. Luego quienes sueñan con promover una guerra civil no son partidarios de la neutralidad porque su rompimiento sea un mal para España.

—Aunque así sea, no debemos meter nos en aventuras.

—Yo creo lo mismo, pero sin que nosotros vayamos á la guerra, puede la guerra venir á nosotros, como sucedió en Bélgica. Los alemanes invadieron Bélgica para atacar á Francia por el Norte; si Inglaterra se hubiera declarado neutral, como hemos hecho nosotros, quizá hubieran invadido España para atacar á Francia por el Sur. Y quizá también hubiéramos oído gritar *viva el kaiser!* á los nietos de los que hace un siglo gritaron *vivan las cadenas!* Si todavía somos neutrales, se lo debemos en parte á los ingleses.

—No sé lo que hubiera ocurrido si Inglaterra se hubiese mantenido neutral. Lo que importa es que en España no se altere la paz.

—Sí, porque de alterarse sería á favor de los aliados, y antes que ser cómplices de la derrota de Alemania, es preferible que los españoles nos matemos unos á otros.

—Precisamente lo digo por eso, para evitar la guerra civil.

—... que sería funesta para los jaimistas, porque sería el aplastamiento del clericalismo, así como la guerra europea es el aplastamiento del cesarismo. Al lado de los carlistas lucharían los alemanes de aquí, que no sé cuántos son, unos diez mil, según la embajada alemana, pero para evitar que las partidas jaimistas causaran *alemanadas* en Francia, tropas aliadas los batirían por el Norte. Y el gobierno español tendría que obrar sin contemplaciones, aunque sólo fuera para proteger los intereses materiales amenazados. Sería una crisis para España, cierto, pero una crisis rápida. No espere usted que el pueblo español simpatizara con quienes promovieran discordias civiles.

—Pero siempre la intervención sería un mal para España.

—La intervención no, sino la guerra civil que pudieran promover las derechas, y aun eso á la larga sería un bien, porque aniquilados los jaimistas se acabaría la pesadilla. Mi opinión es esta, D. Germán: si para asegurar el porvenir y defender la dignidad de España es indispensable intervenir, intervengamos, y á la amenaza de los clericales contestemos con la amenaza de su aplastamiento.

F. R.

## El manifiesto de los socialistas ingleses

He aquí el manifiesto que el partido socialista nacional de Inglaterra ha dirigido á los organizadores del Congreso socialista convocado para mañana en París:

«El partido socialista unificado francés ha invitado al partido socialista nacional de esta isla á que envíe delegados al Congreso de los socialistas de naciones aliadas que debe celebrarse en París el 16 de Marzo. Los que suscriben, que formamos el Comité ejecutivo, y como representantes oficiales del partido socialista nacional inglés, hemos decidido no

acceder á aquella invitación. Estamos firmemente convencidos de que la conferencia no debiera celebrarse.

El año 1917 es el período más crítico de esta guerra terrible. Habiendo fracasado Alemania en su tentativa de conquistar Europa, ha recurrido á métodos inhumanos para hacer la guerra, en la tierra y en el mar, á fin de obtener una paz alemana. Los socialistas, en su gran mayoría, están combatiendo en el frente para rechazar una invasión alemana que no se había provocado, y para poner fin á los crímenes de los ejércitos alemanes. No pueden, por tanto, asistir á las sesiones de este Congreso, socialistas como delegados á sí mismos, ni nombrar otros delegados en su lugar. Sólo por este hecho no es deseable, ni es justo que este Congreso se celebre.

Entre los demás socialistas que sirven á su país, en Inglaterra, trabajando, hay una minoría, pequeña, pero muy activa, compuesta por los que quieren una paz inmediata, no importa á qué precio. Todos estos antinacionalistas se dan la mano para sostener una política que no puede menos de animar á los agresores. Pueden así llegar á dar la impresión de que los socialistas de las naciones aliadas están divididos en dos fracciones de igual importancia. La circunstancia y el método de votar, pueden hasta favorecer á la minoría pacifista, que pretende representar á la Gran Bretaña, Francia, Italia, Rusia, Servia, Rumania y Bélgica.

Aun un voto aplastante del Congreso pidiendo una vigorosa prosecución de la guerra no contrabalancaría suficientemente el efecto de un debate reñido entre delegados que suscitaron algunos partidarios de la no resistencia. El socialismo mismo sufriría, en la opinión del mundo de los trabajadores, que es el que nos da sus adeptos. El socialismo internacional, como influencia eficaz, está muerto por el instante. Todo el mundo lo reconoce así. La suprema esperanza que se pueda tener de reconstituirle en un porvenir próximo está en evitar discusiones prematuras. No se acelerará la paz con las querellas socialistas en un Congreso celebrado en plena guerra.

La democracia social, completamente organizada en cada nación, debe preceder á la democracia social internacional para que ésta logre sus fines. El antinacionalismo no aporta ningún lazo. Pero los mismos antagonismos económicos y sociales que crean el antagonismo de clase entre los productores y capitalistas de cada país obligarán á los trabajadores de cada nación á odiarse con sus camaradas contra el capitalismo exterior. No se podrá resolver por entero el problema económico antes de haber abolido por completo la clase de los explotadores y la esclavitud del salario. El interés de cada uno es el interés de todos. Tal es la base inquebrantable al internacionalismo socialista.

La debilidad del partido demócrata socialista alemán, cuyos jefes—á pesar de las seguridades que habían dado en París y en Bruselas—han sostenido vigorosamente los ejércitos de un militarismo agresivo, á las órdenes de capitalistas y de «junks», destruyó de un sólo golpe esta mutua confianza internacional entre los socialistas de todas las naciones, confianza que los que firman esta protesta se han estado esforzando en edificar en el transcurso de la mayor parte de su vida.

Pedimos, pues, con toda la energía

posible á los socialistas de las naciones aliadas, que no asistan á un Congreso, que, animando á los enemigos del verdadero socialismo, fortificaría de modo inevitable la potencia del chauvinismo en Alemania y perjudicaría grandemente nuestra noble causa.

El Comité ejecutivo, Joseph Purgess, F. H. Garle, F. J. Gould, Smily, Hages, A. S. Headingley, H. M. Hyndman, R. Travers, Hyndman, J. Jones, H. W. Les, John Stokes, J. Hunter Watts, A. Whitting, W. Thorne, J. G. Webster, W. A. Woodroffe.

## Cine clerical

### Siempre es un arreglo

—Asíéntese usted, señá Trini, que viene usted echando fuego por la cara.

—Hija, estaba la iglesia que no cabía un alfiler; como hoy era el día de la comunión general...

—De modo que las misiones han sido un éxito.

—Completo. El P. Mulas estaba á reventar de contento; jamás había visto tales llenos. El día del sermón del perdón fué un *espetaculo* conmovedor: hubo gritos, llantos, abrazos, en fin, qué sé yo... La verdad es que no hay como los Padres Paules para estas cosas... Créame usted: las misiones hacen mucho bien...

Sí, no digo lo contrario.

—Se ha confesado gente que hacía siglos que no ponía los pies en la iglesia, se han hecho muchas restituciones, y se han arreglado muchos matrimonios, de esos...

—Sí, de los de detrás de la puerta. Y á propósito: ¿se han casado como Dios manda la Tomasa y el Ruperto? Me dijeron que uno de los misioneros había tomado la cosa muy á pechos; al fin se trataba del sepulturero de la parroquia, y aquello era un mal ejemplo.

—La diré á usted... Casarse propiamente tal no lo han hecho, pero sí se ha llevado á cabo un buen arreglo, y se evitarán las murmuraciones y el escándalo.

—A ver, á ver: soy toda oídos.

—¡Oh! Es muy sencillo.

—Cuenta, cuenta.

—Pues como el ama del señor cura párroco es ya la pobrecita una ruina, que está del reuma que no se puede mover, la mandarán al pueblo hasta que se reponga ó se muera, y en su lugar se quedará la Tomasa, que es una mujerona como un castillo, y fresca como una rosa; ya la conoce usted...

—No, el bárbaro de Ruperto ya sabía dónde se había arrimado...

—El Ruperto irá de día á comer y á cenar, pero se irá á dormir á su casa, y así no habrá ocasión de pecado, mucho menos estando por medio el señor cura, y así se ha cortado este escándalo.

Pues sí que ha sido un buen arreglo; no, lo que es el párroco no ha salido perdiendo, y el otro zángano con tal de que le llenen la andorga...

—No sea usted malicioso, señá Doctores.

—No, hija; allá cada uno... ¡Vaya con los misioneros!

Hija, del lobo un pelo...

FRAY GERUNDIO

## UN COLMO

En las listas negras publicadas por los países aliados, consta el nombre de un industrial barcelonés, perteneciente á un partido político desde el primer momento adherido á la causa que defienden Francia, Italia é Inglaterra.

No lo han visto nuestros ojos, pero sí los de un amigo queridísimo y de absoluta confianza, por lo que nos decidimos á publicar la mala acción junto con el nombre y apellidos de su autor.

Don Juan Pich y Pon, hombre de menguadas luces intelectuales, ha militado siempre en el partido radical. El Sr. Lerroux ha querido distinguirse de tal modo, ha sabido protegerle de tal manera, que en la Diputación Provincial y en el Ayuntamiento ha encontrado un escaño y en el Municipio de la segunda capital de España el sillón de la presidencia, durante largas temporadas.

Hombre sin convicciones, ha sido siempre el Sr. Pich objeto de las diatribas y de las chirigotas *sotto voce* de sus correligionarios.

Nunca los clericales han hecho campañas furibundas contra ese hombre, superficialmente anticlerical y amigo de los obreros.

Su nombramiento de individuo del Comité de la Exposición de Industrias Eléctricas, con los señores Cambó, Lerroux y otros altipersonajes de la gama política, han llevado al Sr. Pich á mal terreno, y la comedia que venía representando ha devenido realidad repugnante, asquerosa.

El Sr. Pich, gran industrial y propietario desde que abandonó el Municipio, tuvo la frescura de vaciar las arcas del Municipio con objeto de quedar bien con las grandes Compañías, entregando su falsa popularidad en manos de los modestos empleados del Municipio; es un redomado hipócrita al servicio de nuestros enemigos.

El fué quien se gastó el dinero para conseguir la exclusiva de la película «Christus», pidiendo al Vaticano el marchamo que le convenía como empresa, para asegurarse buenos rendimientos, venciendo los escrúpulos de la gente timorata que nos abochorona y persigue.

Y es D. Juan Pich y Pon el que, sin pedir el correspondiente pase pa-

ra la reserva en el partido republicano radical, se hace germanófilo, suponiendo que en el partido radical no habrá quien alce la bota, produciendo el puntapié que el sentido común y la decencia piden á grito pelado.

¿No habrá nadie que sintiéndose indignado ante el proceder de un hombre que es un saco de audacia, personaje político por casualidad, le pida los documentos?

J. COSTA Y POMÉS

Barcelona.

## ¡Si yo fuese cura!...

¡Cuántas veces, arrastrado por el torbellino de una existencia ruda y fatigosa; con un pasado triste, un presente equivoco y un porvenir incierto; cansado de luchar y sin fuerzas para resistir; rendido, desanimado; cuántas veces, repito, he dado al viento esta frase con la angustia de la esperanza muerta: ¡Si yo fuese cura!

Nunca fui envidioso, por impedírmelo la alta idea que de mí tengo, mas lo declaro ingenuamente: al contemplar por esas calles á los siervos de Dios, gordos como quien no tiene cuidados y tranquilos como quien para nada se preocupa del mañana, siento en mí algo que si no es envidia se le parece mucho, y llevo hasta encontrar elegante su desairado traje y distinguida su vulgar fisonomía.

¡Ah! Si se naciera dos veces, y la segunda con la experiencia adquirida en la primera, cura y sólo cura sería yo.

Terminada la carrera, para la que no se requieren grandes aptitudes, habría procurado conseguir el curato de un pueblo con monte y río, cielo alegre y aires puros, apartado de las grandes vías de comunicación lo bastante para no verme molestado á menudo con visitas pastorales, y no tan lejos de una ciudad populosa que me impidiera ir á echar una canilla al aire de vez en cuando.

Me levantaría con el alba, higiénica costumbre que siempre tuve, y saldría al huerto de la casa cuando el tiempo lo permitiese á respirar el aura embalsamada, ora con el aroma de las primeras flores, ora con el de los primeros frutos, recreando á la vez mi vista en la contemplación, según las épocas, del almendro, el cerezo ó el granado en flor en el momento de iluminar su follaje el primer beso que el sol les diera al desprenderse de los brazos de la casta aurora.

Después, y á eso de las ocho en verano y á las nueve en invierno, me trasladaría al templo, situado á pocos pasos, para decir misa á los fieles y exhortarlos á la práctica de todas las virtudes que no estuviesen reñidas con mi influencia y bienestar, y me retiraría luego á mi casita, donde ya me tendría preparado un sano almuerzo la graciosa joven dedicada á mi cuidado, que me lo serviría con movimientos de cervatilla y gorjeos de alondra.

Aparte los días que, escopeta al hombro, saliera por aquellos cerros en demanda del conejo, la perdiz, la codorniz, la chochà y otros animalitos creados expresamente para distracción y alimento del hombre, y más aún del cura, dormiría al terminar el reparador almuerzo una siesta de dos horas, á fin de encon-

trarme ágil y bien templado para las visitas que haría á mis feligresas antes de dar un higiénico paseo.

Algunas noches iría un rato de tertulia á casa del boticario ó del alcalde, pero las más vendrían ellos á la mía; y hoy jugando al tresillo, mañana haciendo una ligera colación, pasado oyendo algo de música, aguardaría á las diez y media ó las once, hora en que invariablemente me recogería.

Paralas faenas un tanto molestas del oficio, rezar rosarios improductivos, celebrar novenas baratas, administrar el Bautismo, el Viático y la Extremaunción, tendría un ecónomo de alguna edad, que no pudiera en ningún caso desbaratarme plan ninguno, y al que encomendaría también la lidia de las beatas pobres y viejas, las que más dan que hacer en el confesionario sin provecho ninguno para el cuerpo ni para el bolsillo. En los días que dedicara á la confesión mi trabajo aumentaría un poco, más lo llevaría con paciencia por las ventajas que el acto me traería. Por saber lo que cada cual hace en el pueblo, y lo que desea y lo que piensa, sufriría con gusto alguna pequeña molestia.

Esto de la confesión, sin embargo, me preocuparía un poco. Tener allí, á mis pies, arrodillada una mujer hermosa, percibiendo las notas más apagadas de su aliento entre los sollozos y suspiros que la revelación de una culpa arranca; excitarla á que entrase en detalles íntimos para poder apreciar la intensidad de la culpa y aplicarle la penitencia sin lenidad, pero también sin exceso; todo esto, lo repito, me preocuparía un poco. Mas no estando en mi mano variar la naturaleza humana, procuraría no caer diariamente más que las siete veces que se le conceden al justo, que ya son bastantes, y con esto acallaría el rumor de mi quisquillosa conciencia.

Si la hermosa compañera de mi soledad, por rendir tributo á la ley de la procreación tuviese algún amoroso descuido, yo, haciendo uso de la facultad de perdonar los pecados que me fué conferida en la ordenación, derramaría sobre su llagado pecho el bálsamo del consuelo, y sus hijos parecerían míos por el cariño y solicitud con que los atendería.

Y como de haber yo sido cura no se hubiera publicado EL MOTIN, viviría feliz y satisfecho haciendo alguna que otra obra de caridad, para que los hombres pudieran decir con razón que les ayudaba, las mujeres que las consolaba, y los niños me dieran el dulce nombre de padre.

Y de este modo vería llegar sin sobresaltos mi última hora, bendiciendo á la Providencia por haberme inspirado la buena idea de cantar misa, para librarme de cumplir la terrible sentencia del trabajo fulminada en el Paraíso contra el hombre, sin que el ser cura me hubiera impedido gozar de ninguno de los placeres que nacieron de aquella simpática, hermosa y necesaria desobediencia.

Y cuando mi última hora llegase, ¡con qué beatífica sonrisa me despediría de los imbéciles que me habían dado dinero contante y sonante á cambio de letras sobre el Purgatorio, y cómo bendeciría la hora en que se me ocurrió acogerme á sagrado! Con seguridad que si algún ser querido, del mismo sexo que yo, estaba en aquel instante cerca de mí, esta sería la última recomendación que le hiciera, con voz ya vacilante y

apagada: «¡Haz... te... cu... ra!... ¡cu... ral!...»

## LEYENDA DE JUDAS

Administrador de la primera comunidad cristiana

En el pleito secular entre la hormiga y la cigarra, hay muchos todavía, el mundo infinito de los artistas, y entre ellos cuento á los políticos españoles, que se ponen resueltamente del lado de la cigarra, pero confíesme que al lado de María, contemplando en éxtasis á Jesús y ungiéndole los pies con oloroso nardo, es bien que exista la hacendosa y solícita Marta, porque llegada la hora del mediodía, no se encuentre el huésped divino con el hogar frío y la mesa sin poner. ¡Cultivar el ideal! Está bien; pero á condición de que se haga con su epicrisis, á la manera de aquel gran santo cuya memoria tiene para nosotros una gran actualidad, San Antonio Abad, que organizó su cenobio como una gran comunidad agraria. Llegáronse á él, en cierta ocasión, dos monjes orientales atraídos por el olor de santidad en que era tenido por el desierto. Pasado el período de los saludos, el santo Abad llegóse al almacén de herramientas y de allí sacó dos azadas que ofreció á los dos monjes, indicándoles el sitio donde estaban trabajando los demás hermanos de comunidad, y que allí, en aquel tajo, podían emplear provechosamente las horas que faltaban hasta la señalada para la comida. En presencia de aquellas herramientas, los monjes, entre vergonzosos y asustados, indicaron á San Antonio que ellos no trabajaban, «que eran monjes contemplativos»; oído esto por el Santo Abad, no replicó y retiró las azadas de la presencia de los dos huéspedes. Llegada la hora de la comida, fueron acudiendo al convento, desde el trabajo, los hermanos que cultivaban la tierra, y previo los rezos de ritual, ocuparon sus respectivos puestos en la mesa en donde San Antonio iba sirviéndoles la comida. Los dos monjes forasteros observaban que no les había alcanzado el turno, y creyendo fuese olvido del Abad, decidieron llegar á él diciéndole se había olvidado de ellos.

—¿Cómo olvidarme!—replicó el Abad.—¿No sois monjes contemplativos? Luego contemplad á los que después de trabajar están comiendo.

\*\*\*

Había tenido que oír un diálogo entre Marta y Jesús, por el estilo de este:

(Jesús).—Pero hija mía, ¿cuándo se come en esta casa?

—A ninguna hora, Señor. He reclamado de ti la ayuda de mi hermana María, y me has contestado que no me cuidase de tales pequeñeces, y te he obedecido, he hecho lo que María, y he venido á contemplarte... (A contemplar en tus ojos el ideal.)

—Bien, y ¿qué?

—¡Y qué! Pues que la lumbre se ha apagado, que los garbanzos, que estaban en el primer hervor, se han quedado sin cocer, que me ha faltado el agua y no he podido amasar el harina ni hacerte pan; y aunque dices que el hombre no vive sólo de pan, por la presente no vas á tener que comer ni siquiera pan, y en cuanto á lo demás, que supongo es bisf-

tek, vino, arroz y gallo muerto, tú verás...

—Pero entonces, ¿qué me hago yo?

—A mí no se me ocurre más sino que te sacies de nardo, nardo á todo pasto. Así aprenderás que el hombre no vive sólo de nardo, de trapos, de discursos, así sean del Padre Celestial.

(Judas).—Esta Marta tenía razón; que el hombre no vive sólo de nardo, sino de pan y vino, de bisftek, y garbanzos, y patatas, y aceite, y posiblemente poco... Preguntárselo á los obispos y á los jesuitas que no me dejarán mentir.

JOAQUIN COSTA

(De unas notas inéditas del autor.)

## Un loco en un templo

En La Palma (Huelva) entró un loco en la iglesia cuando estaban diciendo misa, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, comenzó á dar grandes voces y golpear á las señoras.

El celebrante, al oír las voces y ver huir despavoridas á las devotas, suspendió la ceremonia, cogió los sagrados vasos y escapó para la sacristía.

El loco salió á la calle persiguiendo á un grupo de señoras, derribando á una, y golpeándola con una campanilla de que se había apoderado en la iglesia.

Acudió el jefe de Policía y se lió de paso con él, produciéndole varias heridas que fueron calificadas de pronóstico reservado, como de gravísimas las de la señora.

Me permito aconsejar á los párrocos que tomen las medidas que crean necesarias para evitar que los locos entren en la casa de Dios, ya que no sea posible evitar que entren los tontos.

Pues es triste y doloroso poner á los sacerdotes en el trance de suspender el santo sacrificio, ó exponerse á que un *guillati* haga con ellos un sacrificio menos santo. Y menos mal que ese de La Palma tuvo la serenidad bastante para salvar los sagrados vasos; otro, más nervioso ó más cobarde, acaso se hubiera disparado hacia la sacristía sin decir siquiera: ¡Ahí queda eso!

Claro es que para gloria de la Iglesia y exaltación de la fe, hubiera sido preferible que el celebrante, firme en su puesto como centinela avanzado de la milicia de Cristo, aguardase al loco sin interrumpir la misa, exponiéndose á que lo hubiera inmolado sobre el ara santa. Y aun para él mismo hubiera sido una ganga, pues, muriendo de aquel modo, á estas fechas estaría sentado por los siglos de los siglos á la diestra de Dios Padre Todopoderoso.

Pero haciéndome cargo de que la carne es flaca y la vida muy amable, sobre todo cuando se tiene el *manrô* asegurado, no censuro la escapatoria del ministro del Altísimo. No todos nacemos con vocación de héroes.

# EL MOTIN



¿Verdad que está bien simbolizado el clericalismo?

Ayuntamiento de Madrid

Además, ¿quién me dice que no pensara en aquel momento que el loco, después de suprimirlo á él, podía apoderarse del cáliz y la patena, y cometer algún horrible sacrilegio?

Nada, nada; me confirmo en la idea de que debió salir de *naja*. Quien quita la ocasión quita el peligro, y más vale un por si acaso, que un quién pensara.

Lamentaría en el alma que, por ser mío, los párrocos no siguieran el consejo que les doy, olvidándose de aquello «del enemigo el consejo».

Puedo asegurarles, para que no duden de mi buena intención, que es completamente desinteresado, puesto que yo no corro el peligro de que en ninguna iglesia me golpeen los locos ni me vean los tontos.

Otro sí. ¿A que dirán que por oír misa y dar cebada, nunca se perdió jornada? La señora herida (que deseo esté ya bien del todo) en la iglesia de La Palma, desmiente ese refrán. Si aquel día hubiera tenido proyectado un viaje, de seguro que no puede realizarlo.

Para que se fíe uno de refranes, evangelios chicos por otro nombre.

## El deber de un momento

### y el deber de todos los momentos

«Ha sido torpedeado el vapor inglés «Galgomar Castle». El capitán, su esposa y los tripulantes, que iban en uno de los botes, se han salvado.»

A nosotros, las enfermeras aristocráticas, las artistas que se exhiben rememorando figuras gloriosas que enloquecen á los espectadores que no han ido al frente, y las heroínas que marchan á la batalla disfrazadas de soldados, no nos convencen.

Como el personaje de *Lo Cursi*, se nos ocurre pensar si no obedecerán á los caprichos del último figurín, y sus cruces rojas, sus uniformes, sus grandes gestos, todos esos rasgos ruidosos de altruismo, de entusiasmo y de valor, se nos antojan rodeados de una aureola de teatralidad, de farsa, y á ellas las vemos constantemente en escena, entre bengalas, que las hacen aparecer alternativamente azules, blancas, doradas, rojas... Todo muy bonito, muy elegante, muy chic, pero tan convencional...

Nosotros quisiéramos preguntar á algunas de esas artistas millonarias y damas linajudas que aparecen en los semanarios ilustrados cuidando á los heridos, quiénes educan á sus hijos, quién se encarga de darles el pecho, de vestirlos, de lavarlos, que son los primeros y más imperiosos de sus deberes, y estamos seguros que nos contestarían que la niñera, la nodriza, la doncella, *manos mercenarias* que no sabrán acariciar suavemente las rosadas carnes, y que pondrán en ese gesto único de la madre que da el pecho á su hijo el movimiento maquinal con que cumplimos un penoso deber.

Y esas madres, que no saben ser madres,

no tienen derecho á usurpar al lado de las víctimas de la guerra el puesto que corresponde á las verdaderas madres, á las suyas, á las de los heridos, á las que supieron siempre cuidarlos, á las que les dieron abrigo, y alimento y amor; á las pobres mujeres que suspirarán pensando en ellos, que esperarán ansiosamente noticias de sus hijos, que darán la mitad de sus vidas por el lugar que en la cabecera de sus camas ocupan estas linajudas señoras, siempre privilegiadas, hasta en estos momentos de dolor.

Por eso nosotros, nos hemos desentendido de todos esos rasgos de que hablan los periódicos y que la fama vocea, para dedicarnos á comentar los actos humildes de las que, muy de raro en raro, aparecen tales cuales son, un momento, y vuelven á desaparecer en la obscuridad de sus vidas.

Ahora es esta mujer, esposa de un capitán mercante, la que solicita nuestros comentarios.

Probablemente esta mujer, si hace varios años que se han casado, acompañaría á su marido en sus viajes, de puerto á puerto. Su alma fué más temerosa de la ausencia que de los riesgos del mar, y prefirió compartir con su marido las horas de guardia en las noches terribles del Canal de la Mancha á pasar esas horas, tan largas, de espera.

Este marino sería un hombre dichoso; su cámara tendría calor de nido; sobre los olores fuertes de la brea y la pintura, esos olores que forman el bouquet inconfundible, el fuerte olor bravío, como de bestia grande y poderosa, del buque, flotarían más suaves, menos penetrantes, pero inconfundibles, otros perfumes de mujer, de hogar; por estrecho que fuese el camarote, ella habría dispuesto las cosas de tal modo que hubiese en él siempre un mismo hueco para dos, y cuando el barco marchara, en los breves instantes de silencio en que el casco no cruje, y la élíce parece asordinada por las olas, llenaría los intervalos el discreto vaivén de una máquina de coser.

Y vino la guerra, y esta mujer siguió haciendo su vida habitual; nada notó en ella que significase un cambio, y el acompañar á su marido, ahora que los peligros se habían duplicado, le seguiría pareciendo lo más natural del mundo, que es, precisamente, lo que da á estas acciones todo su valor. Para ejecutar un acto extraordinario que hace cosquillear nuestra vanidad, todos nos sentimos dispuestos; arriesgar así la vida sencillamente, sin darle importancia, no lo hacen más que las almas escogidas que tienen un claro concepto del deber.

Del deber, que no es un deber convencional de un día, y por el influjo de ciertas circunstancias momentáneas, como el deber de descubrirnos en el teatro, ó en la calle, por cortesía, ó otros no menos enojosos á que la educación ó el qué dirán nos obligan, sino el deber cotidiano, el deber que nos ordena en todos los instantes el cumplimiento de las mismas acciones, y que cuando estas acciones, como en el caso presente, nos exigen que pongamos en peligro nuestra vida, se convierte en el más alto y en el más sublime de los heroísmos.

JOSÉ RIAL

De *El Tribuno*, Las Palmas (Gran Canaria.)

## UN TRATO

La salvación del alma es asunto tan importante, que todo sacrificio me parecería pequeño para alcanzar la de una persona querida:

Al cura que me dijese: «Pagándome una, veinte, cien misas, puede salir del Purgatorio el alma por quien usted se interesa; cada misa cuesta tanto; deme usted ahora mismo el importe de todas, y yo le garantizo su salida; á ese cura le contestaría yo sin vacilar:

«Corriente, no regatee; sáquela usted, y pásame la cuenta; usted me presta un servicio y yo debo pagárselo, pero después que me lo haya prestado; es de ley, y además es la costumbre. Usted me asegura que hay Purgatorio, y lo creo; que está en él esa persona, y lo acepto; que puede salir mediante una cantidad, y esto pronto á dársela á usted. Manos á la obra, y cuando usted me presente la prueba material, ya que material es el premio, de que usted ha cumplido la parte que le corresponde en el trato, pondré en sus manos la cantidad que me indica. Lo mismo me da que sea la certificación de salida del Purgatorio, que la de entrada en el Cielo; el pasaporte, que la cédula de vecindad; una escritura pública, que dos testigos presenciales. En el momento que usted me presente algo de esto, de buen grado, con gran alegría le entregaré la cantidad pactada y puede que hasta me corra con una propineja.»

Así le hablaría á ese cura, y no creo que tuviera nada que objetarme.

Pero, francamente; esto de pagarle y por adelantado, un servicio de eficacia dudosa, no me cabe en la cabeza, y á esto se debe el que nunca haya mandado decir una misa, por más que me encuentre dispuesto, siempre que me llenen esas pequeñas formalidades, á emplear mis ahorritos en el rescate de almas del Purgatorio, propias ó extrañas. ¿Qué mejor empleo podría dar á los ochavos ganados en *EL MOTIN*?

Así, ya lo saben los clérigos: en esta redacción pueden agenciarse un buen parroquiano, que sólo les exige formalidad y reciprocidad en el trato.

A explotarme, pues.

## EL MOTIN

PERIODICO SEMANAL

CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS

Se publica los jueves

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

## GERMANOFILOS CONFESOS

Ha llegado á mis manos un ejemplar del libro editado lujosamente por los alemanes, conteniendo firmas de españoles

Se titula *Amistad Hispano-germana*, y lleva un prólogo de Jacinto Benavente encomiando á los alemanes y justificando la guerra que han promovido.

Como indudablemente halagará á los firmantes el ver sus nombres reproducidos, complaceré á los de Madrid publicándolos.

Creo, sin embargo, que

Ni son todos los que están ni están todos los que son germanófilos en el libro, pues parece que han recabado la firma de muchos con engaño, diciéndoles que era para pedir la paz; pero, en fin, como en el libro constan, á la verdad oficial me atengo.

Y allá va la lista.

### CATEDRÁTICOS

Manuel T. Gil y García. J. A. Galvarriato. Emilio Miñana. J. Clemente de Diego. Laureano Díez Canseco. Fernando Pérez Bueno. F. Lavilla Llorens. Manuel Bueno y Albacete. Augusto Milón. Agustín Varsallo. Hilario Arnau. Antonio Martínez Soliva. Antonio Hor. José de Roda. Francisco G. Gamero. Santos M. de la Puente. Ignacio Lapeña. Francisco Pezuela. Pablo Fernández Quintana. Juan Manuel de Zafra. Eduardo Balguerías. Isidro Jiménez Gallego. Eduardo Vassallo Roselló. Basilio García Baldacano. Antonio Somer Puerta. Plácido Francés. Pedro M. de Artiñano. M. Gaspar Remiro. Luis García Guijarro. Augusto Krahe y García. Mariano Soria Escudero. Manuel Alemany Bolufer. Carlos Matiax. J. Rey Pastor. Francisco A. Commelerán. Luis Menéndez Pidal. Aniceto Marinas. Emilio Colomina. Adolfo Bonilla San Martín. Quintiliano Saldaña. Marceliano Santa María. Antonio Ballesteros. Ricardo Bellver. Eulalio Fernández é Hidalgo. Félix Murugarrem. Emilio Ruiz Tafay. José Cherrás. Arturo de Redondo. Gabriel María Vergara. Juan Moya é Indígoras. Ildefonso Rodríguez. José Alemany. Julio Urmuela. Pío Ballesteros. Vicente Gay. Antonio Goicoechea. León Cardenal. Manuel Manzanares Sampelayo. José Casares Gil. Ramiro Suárez Bermúdez. Mariano P. Florez-Estrada. Juan Ullasires Coste. Julio Palacios Martínez. José Castán Tobeñas.

### DOCTORES Y LICENCIADOS

Francisco Balbín. Eugenio de Zostán y Cachón. José López de Ayala. Félix Espinosa Maellas. Angel Almiñana Castro. Estanislao Almiñana Castro. Patricio Gómez López. Alvaro del Amo y Martínez. Federico

Fisac y Lozano. Faustino Gil Ayuso. Eudoxio Varón Vallejo. José Fillol Ferriz. Vicente Federico Larrañaga. Estanislao García del Caño. Eusebio Lasala Gravisaco. Juan González Salomón. Antonio Jalón Alba. Antonio López Tello y López. José Alarcón Ortuño. Mariano Pedrero López. Inocencio Gómez Cordobés. Alfonso Requena. Luis Alfonso Lleona. Hilario Alonso. Conde del Rascón. E. de Alvear Sánchez Guerra. Policarpo Cuesta Orduña. Juan Lucio Carralero. M. Pérez Búa. Francisco del Junco. Rafael Marín. J. M. de Bayo y González-Elipse. Alberto de Segovia. Antonio Balbino. Adelardo López Sánchez. Antonio Oyarzábal. Angel Pérez Chozas. Juan Vergara. Jerónimo Gella. José Valiente Copello. José Ramírez. José Ruiz de Huidobru. Rafael Rotllán de Molina. Matías Chías Pano. Mariano Carrancejo. Mariano Terrón. Manuel Sierra Bustamante. F. G. Baquero y G. Baquero. Francisco Zorzo. Ricardo Sáinz Pardo. Gonzalo Soriano. Demetrio Sánchez. N. y de Liñán Heredia. Baltasar Alonso del Alamo. Clodomiro Camazón. Casimiro Lana Serrate. Luis Cemborain. Julio Huizi Miranda. Santiago Ormaechea. Félix Durango. Francisco Cos. Miguel Aguilar. Francisco Martínez y García. Angel G. Lugea. Arturo Mustade. Manuel Rodríguez. José María Díaz. Gonzalo Latorre. Eduardo Abad. Francisco Rodríguez Marín.

### ESCRITORES Y PEIODISTAS

Jacinto Benavente. José Muñoz Rodríguez. José Domínguez Luque. José de Medina y Togores. José Julio Medina. José Juan Cadenas. José de la Cueva. Jorge de la Cueva. José Rodríguez de la Peña. J. Andrés de Prada. Domingo Tejera. Rogelio Pérez Recio. Rafael Suárez Rivas. Ricardo Fernández Blanco. Miguel de Castro. Mariano Gullón. José González. Luis Gutiérrez. Emilio García González. Julián Juderías. José Calvo Sotelo. Salvador Cánovas Cervantes. Luis Gonzalo. Julio Casares. Adrián Maroto. Luis de Castro. Francisco Siso Cavero. Manuel Rodríguez Citó. Gabriel Vich. Ramón Corbella. Manuel G. Bernaldo. Manuel Abella. Francisco Fernández Villegas. J. Federico de Oteyza y Chenel. Conde de Kenty. Emilio Cotarelo. Luis Antón de Olmet. Elías Sancho Galle. Alfonso Moreu Pulido. Andrés Landro. Aurelio G. Rendón. Alberto Santías. Antonio Golluri. Alberto Fontana. Evaristo Romero. Emilio Carrascosa. Pablo Cases. Pedro de Gálvez y Theule. Pedro de Gálvez. Gregorio Gota Hernández. Víctor de Miguel. Sinesio Delgado. Benedicto Molle. Carlos Arniches. Clemente de Velarde. Cristóbal de Reina. «Curro Vargas». Joaquín Prieto. José Meiras Otero. M. Daranas Romero. Manuel Ibars. Manuel Gar-

cía Sañudo. Luciano de Taxonera. Mariano Muzás. Francisco Rubio. Fernando Blanco. Gonzalo Pardo. Manuel Abello. Manuel Marín. Carlos Horti. A. González Busnadiego. Ramón Ruiz Moreno. Juan López de Rego. Cesáreo Claro Abanades. Salvador Aranda. Domingo Cirici Ventalló. Miguel Fernández. Manuel Pérez de la Manga. «Julio Romano». Joaquín Bellsolá. Julio Berguices León. Gabriel Asins. Daniel Gantes. Ramón Martínez. Manuel Caro Rodríguez. Felipe Pérez Barreira. Angel Herrera Oria. Enrique Lacosta. L. Delgado Barreto. Juan Sáinz. Gonzalo Cantó. J. Alcaide de Zafra. Ambrosio Armera. Luis Maroto. R. de San Román. Ramón Gutiérrez. J. Morada. José María Laborda. Carlos Arberas. José Pérez Gándaras. Guillermo Rittwagen. Germán Cano de Rueda. Juan Delgado Barreto. Rafael López de Haro. Pilar de Cavia. Miguel López Cano. Federico Romero. Eduardo Navarro Salvador. Juan de Gandullo. J. Martínez Cervantes. Esteban Martínez Gallego. Antonio Llorach. Abel López. Eusebio Ortega. Joaquín Isern. Julio de Lonzas. B. S. Domínguez «Bersandín». B. Sánchez Domínguez. J. A. Iniesta Díaz del Castillo. J. L. García «Juan de Revilla». E. Estévez Ortega «Enesor». Juan B. Acevedo y Rodríguez. José María Carretero. Mauricio del Amo y Martínez. Julián del Amo y Martínez. Bruno del Amo y del Amo. Roberto T. Alcover. Cándido Zarzalejos Crespo. Fernando Mínguez. Federico Oliver. Luis de Terán. Jesús T. Gabaldón. Nilo Fabra. José María Salaverria. «Modesto Cassi».

### COMPOSITORES, PINTORES Y OTROS

Francisco del Castillo Navarro. Fernando Rodríguez del Río. Francisco Gómez Juntos. Antonio Carrascosa. Eduardo Núñez Peñasco. Ramón Gatuellas. Fernando Gómez «Fresno». Angel Pardo. Fernando Labrada. E. Navarro Martín. F. López Rubio. Antolín Pérez. José Colomer. Eugenio Salarich y Tormo. Juan José Llovet. Victorio Moreno Noguera. Ramón Navarro. Moisés Aranda Callén. Augusto Repullés Muro. Luis Espinosa de los Monteros. Abelardo Corbino. Francisco Pérez Lozao. Casimiro Fresno. Joaquín Díaz. Domingo López. José María Pérez. José Moncayo. Bartolomé Maurra. Sofía Romero. Enrique Casanovas. Luis Azpeitia Floreu. Augusto Comas. Enrique Martínez Cubells. Antonio Muñoz Degrain. Juan Martínez Abades. José Moreno Carbonero. Fernando Delgado. Fernando Roldán. Fernando G. Herbosa. Domingo Fernández. Gregorio Páramo Bonifacio Alumbrosos. B. Hernández. Emilio Gaztambide.

(Continuará).

# La Musa anticlerical

(CONTINUACION)

## La confesión

Con los ojos arrasados en lagrimones, María á su confesor decía sus culpas y sus pecados.

Sin fatigas ni aspavientos y llena de contricción empezó su confesión por los santos mandamientos.

¡Qué dolor! ¡Qué laberinto! Pasó el uno, el dos, el tres, el cuarto vino después y después del cuarto el quinto.

Llegó el sexto ¡suerte impía!, allí maldijo sus gustos.

¡Ay qué penas y qué sustos pasó la pobre María!

¡Cuitada! Fuera de sí, mas descansando en la fe, exclamó:—¡Señor, pequé; tened compasión de mí!

Quiera Dios y no el dios Baco perdonar mi desvarío; pero... *¡Jesús, padre mío, cómo huele usted á tabaco!*

Y él diciéndolo, *ego te absolvo*, contestó: huele, lo sé; mi delicia es el rapé y á todos nos gusta el polvo.

Diga, hermana, lo que quiera que todo ello será nada.

Y la niña sosegada continuó de esta manera:

—Supuesto que sois clemente prosigo mi mandamiento. Sabed para mi tormento que tengo un vecino enfrente.

Es joven, gasta levita, tan gallardo, tan buen mozo, que yo me muero de gozo cada vez que me visita.

De verle tan currutaco me da cierto escalofrío... pero... *¡Jesús, padre mío, cómo huele usted á tabaco!*

—Bien, mujer, ya te lo he dicho, le respondió amostazado; y ella prosiguió el pecado reprendiendo su capricho.

—¡Ay, señor!, pues no es escasa su piadosa compasión, sabed que el mozo en cuestión estuvo el domingo en casa.

Nosotras somos sencillas, y él, que es el mismo Caifás, en chanza sin más ni más empezó á hacerme cosquillas.

En balde mis fuerzas saco procurando su desvío, porque... *¡Jesús, padre mío, cómo huele usted á tabaco!*

Ya el fraile lleno de enojos su pesadez reprendió, y la niña prosiguió con lágrimas en los ojos:

—En balde busco maneras de librarme de sus danzas, el trato admitió las chanzas, y las chanzas fueron veras.

Quise hasta en puntos y comas corregir al pecador, pero no pude, señor, que también gusto de bromas.

Me cogió bajo el sobaco, y con arrojo y con brío... pero... *¡Jesús, padre mío, cómo huele usted á tabaco!*

El fraile llegando aquí dijo: Basta de disputa; tú me estás oliendo á bruta desde que empezaste así.

Nunca por ello pensara darte imprudentes chacotas, y una falta que me notas me la estás echando en cara.

Tomó el buen padre otro polvo y dijo:—Basta de historia, aquí *paz* y después gloria; levanta que *ego te absolvo*.

JUAN MARTÍNEZ VILLERGA

■ ■

No recuerdo á punto fijo quién fué aquel santo que dijo, lleno de fervor el labio, que *chay* quien puede hacerse *sabio* estudiando un crucifijo.

Ya que esta aserción me apura, permitid que la coteje con otra no tan oscura: «Estudiando un santo á un cura, puede el santo hacerse *hereje*.»

■ ■

## Preservativo eficaz

I

Con Juana casó Pascual, y al año justo y cabal de dejar de ser soltero, como cosa natural le dió Juana un heredero.

Fué padrino del bautizo, según la madre quería, un cura, que satisfizo todo el gasto que se hizo para celebrar el día,

dando á su ahijado además, llevado de su fe santa, dos medallas de San Blas, para que nunca jamás sufriera de la garganta.

II

Encontraron cierto día al muchacho en la agonía, y aunque lo ven expirar, nadie se pudo explicar de qué enfermedad moría.

Ya cadáver, fué operado, y se halló causa de más, pues se vió que estaba ahogado... porque se había tragado las medallas de San Blas.

M. T.

■ ■

El novio de Luz Rincón (que es la criada de don Matías, cura de Aldana), vió iluminado el balcón á las tres de la mañana.

Cuando á los dos ó tres días vió en la calle á D. Matías, —¿Duerme usted con luz?, le dijo. Y el cura gritó:—¡No, hijo! ¡Esas son habladerías!

F. GIL

■ ■

## ¡Qué barbaridad!

De un pueblecillo cercano llegaron á la ciudad á cumplir la voluntad, expresada de antemano,

dos brutos en comisión, á encargar un santo Cristo como no se hubiera visto igual en la población.

Juzgaron lo más certero dar el encargo á un tatlista, y lo recibió un artista de mérito verdadero,

al cual después de enterado una duda le ocurrió: ¿lo haré en la agonía, ó después de crucificado?

La seriedad del asunto le exigía consultar con ellos, para aclarar la cuestión sobre este punto.

Y ocurrió que, como quiera nada de eso allí encargaron, de intérpretes se precieron cada cual á su manera.

—En la agonía es mejor.

—Es mejor del otro modo.

—En la agonía es el todo.

—¿Y ya muerto?—¡No, señor!

—La duda es morrocotuda.

—Pues pongamos punto en boca: al artista es á quien toca resolver en esta duda.

—Yo no puedo resolver, dijo el artista, y quisiera complacerles...—¿De manera que usted no lo puede hacer?

¡En esta duda, imposible!

¿Por qué no van y se enteran para hacerlo como quieran?

—Casi... casi es preferible.

—Volveremos otro día ya enterados.—No, señor,

dijo el otro; lo mejor es hacerle en la agonía,

y si vemos al llegar que no les conviene así,

en un dos por tres, allí le acabamos de matar.

ALFREDO LÓPEZ ALVAREZ

■ ■

Cuando tocan las campanas acuden muchos al templo para dar público ejemplo de sus virtudes cristianas.

Unos van por las mañanas con devoción y recato,

otros con lujo y boato van á la misa mayor,

y yo iré con gran fervor cuando toquen... á rebato.

(Continuará.)

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12.